



## LOS INTELLECTUALES TORNAN A CRISTO

JACQUES Y RAISSA MARITAIN

**Raissa Maritain**, esposa y colaboradora del filósofo francés **Jacques Maritain**, es una de las convertidas más interesantes de los últimos decenios. Acaba de publicar recientemente una obra. **Las grandes amistades**, en la que se hace la historia de su conversión, la de su esposo, Psichari y otros ilustres convertidos franceses. En el curso del año 1944 nos proponemos publicar la traducción completa de la obra de Raissa Maritain.

### MARIOUPOL

**MI PRIMER RECUERDO** data de mi más tierna infancia. Tengo un poco más de dos años y medio, mi hermanita Vera va a nacer. No lo sé, naturalmente. Pero me encuentro de pie contra las rodillas de mi padre que llora sentado junto a la puerta de la habitación de mamá. Lo abrazo con emoción, hago esfuerzos por consolarlo, pero me llevan a casa de mi amiga Clara, la gran amiga de mis primeros años, y poco después vienen a anunciarme que tengo una hermanita. Así, la primera imagen que se gravó en mi memoria fué la de mi padre que lloraba, la segunda, aquel deseo mío de libertarlo de su pena. Por eso tal vez siempre tuve para él sentimientos de protección, y de compasión casi maternal.

Todo esto ocurría en Rusia, en Marioupol, ciudad pequeña a orillas del Mar de Azoff. Sé por mi madre que veníamos de Rostoff sobre el Don, donde nació y donde vivían sus padres. Yo los quería mucho, especialmente a mi abuelo. Sólo él debía mecirme, como yo desconfiara, tocaba la mano que mecía mi cuna, y si no era su mano, lloraba, diciendo: "Ni papá, ni mamá, ni niania, ni la abuelita, sólo **diédouchka** debe mecirme". Cuando al abandonar Rostoff tomamos el barco para Marioupol, donde habitaríamos en lo sucesivo, tenía apenas dos años, sin embargo, un pesar inmenso me dominaba, lloraba y pedía que el barco "se devuelva", "para que estemos otra vez con los abuelitos".

Todo esto lo sé por mi madre. Mis recuerdos personales son más tardíos; empiezan con las visitas que hacíamos con cierta frecuencia a mis abuelos, yendo por mar, y luego a través del Don, de Marioupol a Rostoff. En estos trayectos marítimos se encuentran las primeras imágenes que conservo de este mundo: el maldón de embarque, los barcos, el mar, y, sobre el Don, ese puente que me parecía maravilloso porque se abría para que nuestro barco pudiera entrar a Rostoff.

De mi abuelo materno guardo el recuerdo de una bondad extrema y de una dulzu-

ra que ya a mis ojos de niño parecía extraordinaria. Más tarde, mucho más tarde, supe y comprendí por los relatos de mi madre de qué fuente provenían aquella bondad y aquella dulzura; de su gran piedad, de su piedad de "hossid", de esa mística judía de tan variados aspectos, a veces más intelectuales, otras más afectivos, pero que en mi abuelo debía parecerse mucho a aquella del *Juif aux Psaumes* de quien nos habla tan admirablemente Schalom Ash en *Salvation*. La religión de mi abuelo era toda amor y confianza, gozo y caridad. En casa de sus padres aprendió mi madre el respeto por la ciencia divina y por el estudio que a ella se consagra. Ella, sin embargo, era poco instruída; no existía en aquella época la costumbre de hacer estudiar a las mujeres.

Antes de venirse a Rostoff, su padre habitaba en un gran villorrio de la región con su numerosa familia. Mientras él estudiaba en la Sinagoga, como hacían entonces todos los judíos piadosos, su mujer se ocupaba de un trabajo a la verdad bien humilde.

En la época de la primera infancia de mi madre, esto era ya un antiguo quehacer porque los habían casado cuando mi abuelo sólo tenía doce años y mi abuela ocho. Los judíos habían descubierto este sistema para evitar que el Estado ruso tomara a sus hijos para hacerles soldados más tarde, como sucedía en esa época lejana cuya fecha no podría precisar. Los jóvenes casados estaban exentos de tal obligación. El matrimonio, aunque en verdad nada cambiaba a su vida de niños, se celebraba religiosamente: se rapaba la cabeza de las pequeñas esnosas y se les ponía una peluca según los más estrictos ritos judíos. Claro que mi abuela no titubeaba en quitársela para hacer en ella figuras de arena.

Muy a menudo mi madre nos contaba rasgos pintorescos y hasta conmovedores de la vida de sus padres, pero yo recuerdo muy pocos. Su hospitalidad era proverbial y con frecuencia viajeros atrasados venían a golpear a su puerta a altas horas de la noche. Mi abuelo se levantaba entonces apresuradamente, despertaba a su mujer con transportes de gozo, como si Dios en persona viniera a visitarles, y el huésped desconocido era recibido y atendido con todas las comodidades que les permitía su poca fortuna. Nunca habrían dejado que estos sagrados deberes de la hospitalidad hubiesen sido cumplidos por algún sirviente. Cuando al fin el huésped ya reconfortado deseaba partir, mi abuelo se empeñaba en dejarle él mismo en el camino, no importándole la hora.

Una castellana de los alrededores, convencida de que tal caridad era exagerada en un hombre de poca fortuna, quiso protegerlo de sí mismo alejando de él a estos visitantes indiscretos. Y a todos aquellos que se detenían en su propia casa tenía el buen cuidado de decirles que en el villorrio vecino no debían golpear a las puertas de Salomón B, porque era un hombre malvado y avaro, que los recibiría muy mal. Algunos, sin embargo, se revelaban contra tales precauciones y ante la acogida que se les daba descubrían los planes de aquella dama tan bien intencionada.

Los campesinos a quienes ayudaba con todas sus fuerzas estimaban mucho a mi abuelo y le llamaban Salomón el Sabio. Mil veces le dieron prueba de su afecto previniéndole cuando se preparaba algún "pogroms" — "nuestro padrecito el Zar lo manda y nosotros debemos obedecer, ¿qué quieres que hagamos?, pero tú quédate en tu casa con los tuyos". Los revoltosos, que venían encabezados por una cruz, no le hicieron nunca el menor mal, pero naturalmente no guardaron la misma benevolencia para con los otros judíos. Espero que su prudencia le habrá dispensado de culpar a la Religión Cristiana de esos bárbaros delitos. Mi madre, en cambio, los recordó impresionada incluso hasta en su vejez y aquella imagen de la cruz paseada durante los "pogroms" retardó por mucho tiempo su conversión.

Mi otro abuelo, mi abuelo paterno, se había venido a vivir con nosotros cuando yo tenía cinco o seis años. Era ya casi un centenario, y murió en casa de otro de sus hijos después de nuestra partida para Francia, a la edad de ciento seis años. Exactamente el doble de lo que debía vivir mi padre. Había tenido once o doce hijos, de los cuales mi padre era el menor. No sé cómo fué su vida, mi padre nunca me habló de ella. Lo cierto es que en su larga y vigorosa vejez vivió como un asceta. No había en él nada de la dulzura del padre de mamá. Lo recuerdo como un hombre grande, muy severo, poco bondadoso. A todos asombraba por sus mortificaciones: comía pan duro que frotaba con cebollo y bebía agua solamente. Dormía en el patio a ras del suelo hasta la llegada del invierno; y entonces, en la casa, consentía habitar la antesala y allí dormía sobre un cofre. No recuerdo que me haya hablado alguna vez como no fuera para leerme en la Biblia historias maravillosas como la de José vendido por sus hermanos, y para enseñarme a leer

él hebreo. Con la punta de un fósforo mostraba entonces los caracteres a fin de distinguirlos mejor y lograr que mis miradas distraídas pusieran más atención. Creo que durante esas lecciones el temor habitaba en mi corazón y paralizaba mi espíritu. Y luego todo eso era demasiado obscuro para mí. Mucho más acertaba en el estudio de la lengua rusa desde que iba al liceo. Pero entonces ya tenía siete años.

Vuelvo a recuerdos más antiguos. Tengo cinco años más o menos. Mis padres han arrendado una de las piezas de su casa a una señora que hace clases a niños. A veces asisto, como simple espectadora, pero presa de asombro y del deseo de conocer las cosas misteriosas que allí se aprenden. Oigo repetir la tabla de multiplicar, y aunque no me doy cuenta en absoluto del contenido real de lo que se dice, presiento con viva emoción que hay en eso una enseñanza y una ciencia, una verdad que es preciso conocer, y mi corazón palpita ansioso de saber. Esta intuición va más allá de lo que puedo comprender y que sólo logro expresar en esta ingenua exclamación: "¡Oh, mamá, cuándo aprenderé yo también que dos por dos son cuatro!" Creo que tal intuición es la fuerza propulsiva que permite a los niños aprender y captar lo que les excede. Hay en ello una manifestación mucho antes de la edad de razón, de la estructura esencial del intelecto, un carácter específico del alma humana.

Mi hermanita ha crecido. Desde que aprendió a hablar, hablamos mucho. Es nuestro juego. Un juego que ocupa toda nuestra infancia. Imaginamos que ella es mi mamácita, que yo soy un hijito y que vivimos en un mundo muy distinto al que habitan los nombres. Es un mundo donde no se llora, donde nadie se enferma, donde las flores y los frutos crecen y se desarrollan durante todo el año, donde los niños juegan con los pájaros, y pueden volar como ellos; un mundo, en fin, en que la edad se fija de una vez por todas. Las madres no envejecen, y los niños conservan siempre la edad que tenían cuando fueron a buscarles a la fuente, conservan "la edad de su nacimiento". Así yo tenía siempre dos años. Vivíamos en ese mundo mientras podíamos jugar. Ese mundo creció junto a nosotros en cierto modo. Cuando fuimos lo suficientemente grandes como para tener una idea del bien y del mal, la idea misma del mal debió excluirse de nuestro mundo. Teníamos que estar en actitud vigilante para no pronunciar las palabras que designaban el mal o aquellas que por contraste podían hacernos pensar en él. Por eso no había que decir **bien**, para no pensar en **mal**, ni **bueno** para no correr el peligro de pensar en **malo**. Era un ejercicio extraordinario para cabecitas infantiles, y muchas veces nos equivocábamos y procurábamos corregir nuestra manera de hablar y de pensar.

Había, sin embargo, una especie de imperfección permitida, las bromas, las chachotas, los juegos; era el desquite de la imaginación que podía consentir en todos los absurdos, en todas las contradicciones. Pifo, por ejemplo, que era mi nombre en este juego, iba a colgarse de una cereza en germen, (creíamos que el núcleo se desarrollaba antes que la pulpa); la cereza crecía entonces alrededor del niño y lo ocultaba así a los ojos de su madre que lo buscaba. Pero Pifo se comía la cereza y caía en los brazos de su madre, Mimo. Este juego nos ocupaba sin cesar. Cuando mi hermanita tenía ocho años y yo tal vez once, todavía nos entreteníamos con él.

#### La escuela

A los siete años me admitieron en el Liceo. Era una suerte. La cuota de admisión, para los judíos era poco elevada. Desde entonces nuestros padres debieron pensar en el futuro de nuestros estudios, y la idea de abandonar Rusia empezó a germinar en su espíritu. A mí, en cambio, me embargaba una dicha inmensa. Entraba en el mundo del conocimiento. Mi corazón palpitaba a impulsos de una esperanza sin fin. Aprendería a leer y creía que todo lo escrito es verdadero. Y a decir verdad, el alma humana debe pasar por muchas experiencias para olvidar tan ingenua convicción. Para aprender que un solo libro en el mundo es absolutamente verdadero: es la Biblia, inspirada del cielo y por entero penetrada del misterio de su origen.

A menudo he pensado después lo que era entonces la vida para mí, la vida interior de un niño de siete años. Y me doy cuenta de que todo lo concerniente a la escuela me hacía sentir emociones de un carácter religioso que sólo puedo expresar hoy con palabras que ignoraba entonces. Me entregaba al Liceo con el corazón penetrado de amor y de miedo. La clase era sagrada. Las profesoras son seres aparte, su cabeza está atestada de ciencia. Enseñan cosas verdaderas y perfectas.

Yo no era crítica en ningún sentido; desobedecer, estar distraída, juzgar a mis

profesores, nunca se me ocurrió siquiera. Todo mi ser estaba entregado a escuchar y a comprender

¡Cuán sabroso y terrible era todo en la escuela! ¡Qué horrible no saber la lección, no encontrar la solución de un problema! Pero qué fuente de gozo una lección bien comprendida, en los libros hermosos, en los cuadernos lineados y cuadriculados, adornados en su primera página con un ramo de rosas en relieve, o con una cabeza de ángel entre dos alas. Mi más preciado tesoro es un atlas de geografía. Sus páginas grandes y lisas muestran toda la tierra. Es hermosa, multicolor, y se baña en el agua azul. Creo que todo pertenece a Rusia.

Todo lo relacionado con la escuela era para mí una fiesta: levantarme temprano, afrontar el frío, la nieve y el hielo, cuando mis vecinos no me iban a dejar en su trineo iba al Liceo de uniforme. un vestidito de sarga gris, un delantal —blanco en verano, negro en invierno— y sobre todo eso, en el tiempo frío, un espeso capote de pieles que amortiguaba las caídas...

Había en ese tiempo, muy cerca del Liceo, terrenos no edificados donde se podían ver los primeros brotes de yerba que, abriéndose paso a través de la nieve, anunciaban la primavera. Esta visión que se ofrecía después de un largo y riguroso invierno, era una de las más grandes alegrías de mi infancia.

### Los trabajos y las fiestas

Las clases terminaban a las dos. Volvía a la casa para el almuerzo familiar que en realidad era la principal comida del día. Me quedaba aún mucho tiempo para estudiar las lecciones, jugar con mi hermana, ver a los amigos que visitaban a mis padres, en ese tiempo de gran holgura y amplia hospitalidad aún entre las gentes de medianos recursos. Se ponía en la mesa el samovar brillante como el oro, lleno de carbones rojos y de agua hirviente y cantarina, se servía toda clase de confites y de pasteles hechos en casa. Me gustaba también estar presente en los grandes quehaceres domésticos de mamá que hacía ella misma el pan que comíamos, y una cantidad de platos maravillosos que se ponían en el horno junto con el pan. Mi madre era entonces una mujer joven de treinta años, muy activa y muy alegre. Recuerdo a mi padre, siempre ocupado, y preocupado tal vez, por la dirección de un taller de costura que no debía ser fácil. Me parece que una inmensa melancolía pesaba sobre él. Quizá si sufría ya los comienzos de la enfermedad que debía llevarse a una edad relativamente joven. Estábamos pequeñas todavía, mi hermana y yo, cuando fué víctima de una grave neumonía a consecuencias de un resfriado. A partir de aquel día estuvo enfermo y en cama con mucha frecuencia.

En el verano había colores tan excesivos como los fríos de nuestro invierno continental. También las flores y las frutas se daban en abundancia. Los meses de Mayo y Junio desbordaban en rosas y cerezas que cubrían las mesas cuando se hacía confites. Nos embriagábamos con su perfume. A mí me admitían para escoger las rosas, juntar los pétalos enteros y desechar los demás, y también para deshuesar las cerezas. Aquellos días eran días felices. Trabajábamos cantando. Escuchábamos sobre todo a mamá que con su hermosa voz entonaba cancioncillas rusas que me parecían ser muchas y que había aprendido en su infancia, cuando sus padres vivían en el campo.

El verano era pródigo en melones y sandías, en ciruelas y albaricoques dulces como la miel. Se guardaba para el invierno sandías junto con manzanas, en grandes toneles que se complementaban con agua, mucha sal y plantas aromáticas. Un poco más tarde se ponían también en conserva pepinos con pimientos verdes; y luego coles que se convertían en **chou croute**. Por eso en invierno no faltaban en la mesa frutas ni legumbres, y podría decir que nunca he comido cosas tan buenas como en Rusia. Mi madre hacía todo eso con la sola ayuda de una criada, y todavía le quedaba tiempo para dedicarse a la costura y hacernos vestidos que me parecían muy bonitos. Me atrevería a asegurar que su actividad y su alegría hicieron nuestra infancia tan dichosa. También debe haber habido tristezas, de ellas no conservo ningún recuerdo. Creo que las realidades amargas, a menos que sean abrumadoras para el niño, tienen poco poder sobre su imaginación. Es tan natural que todo lo concerniente a la vida esté más cerca de él y le sea más accesible que lo referente a la muerte. Así recuerdo que todos los años, en verano, se hablaba del cólera, tomábanse algunas precauciones, sólo podía beberse té muy caliente, por ejemplo, y comíamos ajo. El cólera está en Rusia en estado endémico, y a veces se extiende con es-

pantosa rapidez. Pero estos recuerdos no tienen resonancia alguna en mi sensibilidad, son como cosas cuya realidad no parece haberme impresionado verdaderamente, en cambio todavía guardo, después de tanto tiempo, la sensación misma del perfume exquisito de las manzanas de Crimea, del buen gusto del vino de Pascua, y de todas mis alegrías infantiles.

Los trabajos terminaban el viernes a la hora del crepúsculo. Mi madre observaba los principales ritos judíos, no así mi padre que en eso denotaba cierta dejación.

El viernes en la tarde, en cuanto aparecía la primera estrella, mi madre se ponía una mantilla con encajes en la cabeza, encendía los cirios, rezaba las oraciones sabáticas, y no debía encenderse otro fuego hasta la primera estrella de la tarde del sábado.

El día sábado no se podía trabajar, se recibían o se hacían visitas; se iba a la Sinagoga. Y cuando paseaban la Thora en procesión, toda de terciopelo bordado en oro y plata, se me permitía tocarla con la punta de los dedos, y luego yo besaba mis dedos.

Para la fiesta de los Tabernáculos una alfombra de hojas y flores del campo cubría todos los pisos, la casa entera tenía el perfume de una pradera soleada. En el patio se levantaba una tienda para las comidas y se adornaba con ramas, yerbas y flores.

Pero la fiesta más impresionante era la de Pascua. En las primeras vísperas tenía lugar la comida litúrgica. La mesa se preparaba con todo refinamiento, se sacaban las cosas más hermosas que había en la casa. Un brillante mantel iluminábase con candelabros de plata. Mi abuelo presidía la comida, sentado en el más alto sitial, elevado, además, por cojines. Al caer la noche, la merienda consistía en yerbas amargas, y luego empezaban las oraciones. Penetrada por el misterio de la Pascua, yo era encargada de hacer en hebreo las preguntas que mi abuelo contestaba siguiendo el relato bíblico y la explicación de los ritos, también en hebreo, pero cuyo sentido nos habían explicado antes, al mismo tiempo que me enseñaban la participación que tendría en aquel diálogo dramático.

Todos los corazones oprimíanse por la grandeza de tantas promesas y favores divinos, por la patética historia de tantos siglos de sufrimiento que no lograban aún extinguir la esperanza. También yo sentía confusamente la inmensidad de esos dolorosos misterios sin darme cuenta, naturalmente, de su significado ni de su contenido. Venía en seguida el punto culminante de aquella noche sagrada el paso del Ángel (1). Llenábanse entonces todas las copas con un vino rojo, dulce y fuerte, cuyo sabor no he vuelto a encontrar en ningún otro vino litúrgico, ni siquiera en Francia. El Ángel de Dios, que en aquella noche visitaba las casas de los judíos, debía probar la copa más grande llena de ese vino delicioso. Apagábanse todas las luces y en el silencio saturado de adoración y temor se daba tiempo al Ángel para que pasara. Encendíanse de nuevo las luces para terminar rápidamente la cena y luego ibanse todos a su reposo conscientes de haber participado en un gran acto.

De la Rusia ortodoxa conservo en mi memoria muy pocas imágenes. Entre otras la de los inmensos Pas'ha de esos panes cilíndricos muy levantados, muy livianos, y de un perfume exquisito, que son los panes de Pascua rusos, la de los huevos duros maravillosamente coloreados; la de los íconos que llenaban todos los rincones de la habitación de mi amiguita Titicheva, que era muy rubia y rosada, y que vivía muy cerca del mar en una casa oscura, rodeada de un gran parque que me daba miedo y donde creía poder ver surgir hadas.

Nos dábamos en casa de Titicheva en las tardes de aquellos días en que mamá nos llevaba a la playa con mi hermanita. Era una gran playa de arena fina donde se hundían nuestros pies. Mamá, nadaba y nos sostenía nadando, unas veces a mi hermanita, otras a mí. Y luego se alejaba solita, muy lejos al parecer, y yo tenía miedo. No tardaba en regresar con las manos llenas de un barro negro y brillante con que nos frotaba todo el cuerpo. Nos dejaba en seguida dar vueltas en la arena y secarnos al sol antes de las últimas zambullidas.

Al fin de cuentas, yo estaba contenta de bañarme en el mar. Pero había un baño que me infundía horror y al cual fuimos una o dos veces. Era el baño ruso. Mujeres y niños se desvestían en el mismo sitio y luego desnudas entraban en la sala de baño, allí había que sentarse a ras del piso mojado y resbaladizo. Cada una tenía cerca de sí una cubeta de agua caliente, así se jabonaban y se enjuagaban con agua de sus respectivas cubetas, que corría entonces por el piso común.

(1). Sin duda se trataba del pasaje de Elías, pero yo debo haber creído que Elías era un Ángel.

Terminada esta operación de limpieza, las personas refinadas pasaban a unas piezas llenas de vapor, y se extendían por breves instantes sobre camillas de madera. Luego salían extraordinariamente contentas. Yo sólo he entrevisto esas habitaciones de vapor y creo que por nada del mundo habría entrado en ellas.

Continuaba mis estudios con acierto. Empezaba ya a leer poemas de Lermontov, de Nekrassov, de Krilov, el La Fontaine ruso. Aprendía también a leer el francés. Las profesoras me querían mucho y me recomendaban a los inspectores presentándome como su *oumnitsa*. (1) Eso suscitaba envidia entre los padres de las alumnas; se comentaba en el pueblo, y se extrañaban de que una niña judía fuera tan bien tratada; lo que hacía que mis padres recordaran la inseguridad de su situación en Rusia. Tenía sólo diez años cuando decidieron emigrar. Mi padre se fué primero. Tenía el propósito de ir a Nueva York. Pero en el camino se hizo de un amigo que lo convenció de que se estableciera en París. Uno o dos meses después de la partida de mi padre, mamá se ponía en marcha con nosotros para ir a reunirse con él.

De todo eso, de la grave decisión de mis padres, del obstáculo que ella debió significar para nuestra vida, de la partida de mi padre, de la separación que tanto les hizo sufrir, de nuestro viaje, en fin, no conservo más que un recuerdo confuso de grandes fatigas, de angustia y melancolía. Algunas escasas imágenes subsisten: veo a mi hermana, a mamá y a mí, a bordo del embarcadero esperando un barco. El barco llega, pero mamá se niega a tomarlo. Tomamos el siguiente. Mamá me contó después que un presentimiento le decía que no tomara el primer barco al que en realidad le sucedió una desgracia. Nos veo yendo de oficina en oficina para obtener los papeles que nos faltaban. Nos hacían esperar interminablemente, mucho tiempo, decía mamá, porque no pensaba dar un rublo a la mano entreabierto del empleado. Nos veo, en fin, en el tren que nos conduce de Berlín a París ¡Cuán largo y cansador es todo eso! Algunos viajeros se compadecían de esta joven madre extenuada, me parece que de una u otra manera vienen a prestarle sus servicios, porque a menudo está contenta y agradece. Siento todo eso, pero nada me permite imaginar cuál será el término de nuestro viaje. Sé solamente que volveremos a encontrar a papá, y esa es la gran alegría que nos sostiene, esa esperanza es toda nuestra fuerza.

(1). Es decir su alumna inteligente y de buena conducta

